



EUG. DELACROIX Pint. ANNO 1861

El castigo de Helióforo.—Cuadro de Delacroix.

Veronese tenía brillante colorido, Rembrandt colorido mágico. Delacroix es alternativamente brillante y mágico. Ha hecho con el color lo que Paganini hacía con su violín, lo que nosotros hemos visto hacer á List con las teclas del piano. La crítica le aconsejaba, pero en su inspirada embriaguez

SEGUNDA SERIE.—1864.

AÑO XXII. 29

pintaba como quería, y pintaba de tal modo, que embriagaba á todo el mundo, y á la misma crítica.

Todos los pintores tienen al Norte sus estudios y talleres. Delacroix los tenía al Mediodía.

Es el pintor romántico por excelencia.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA CASA DEL PASTOR.

(TRADICION MADRILEÑA.)

(Conclusion.)

III.

Merced á la poderosa influencia de los religiosos de Santo Domingo se hallaba Francisco Molinar dedicado al comercio en una de las mas acreditadas casas de la antigua Ciudad de los Reyes. Diez años habian trascurrido cuando su principal, en vista de la instruccion y actividad de aquel hombre experimentado á quien conoció mancebo imberbe, resolvió asociarle á sus especulaciones, con gran beneficio para el crédito é intereses del favorecido. Siendo preciso reconocer el estado de una mina explotada al otro lado de las Cordilleras, á nadie se creyó mas á propósito é idóneo, tomando en cuenta el interés que debía tener en desempeñar fielmente la comision, unido á su robustez que le colocaba en aptitud de sufrir impunemente la travesía, siempre penosa, pero mucho mas en la estacion del estío, tan abrasador en los países tropicales. Un zambo de lealtad reconocida, sumamente práctico en los malos senderos que cruzan aquellas soledades, y dos esclavos negros, debian acompañarle en la marcha. El característico poncho de color oscuro, especie de sayo sin mangas y abierto por los lados, altas polainas atadas por encima de la rodilla, y un sombrero de paja de Guayaquil formaban el traje de Francisco, el mismo con corta diferencia que aun usa para el campo la gente del país. Sus piés iban provistos de largas espuelas y afianzados en anchos estribos. Dos excelentes pistolas en el arzon delantero y un arcabúz pendiente al lado constituian su armamento, sin contar el agudo cuchillo, de uso indispensable siempre que habia precision de alejarse algun tanto de la ciudad.

Con ánimo emprendieron su camino, y bien pronto los cuatro viajeros se internaron en las gargantas de las Cordilleras. El terreno solo les presentaba masas rojizas de origen volcánico y algunos pinos y cocoteros esparcidos de trecho en trecho: la zona vegetal iba quedando detrás de ellos desapareciendo los algodonereros, aloes y campos cubiertos de maizales y altas mielgas. Espumosas cataratas formadas de improviso á consecuencia del deshielo, interceptaban su marcha, al paso que otras veces aludes inmensos desprendidos de la alta cumbre bajaban á precipitarse en los abismos sin fondo ante sus ojos espantados. Animándose mutuamente, sin hallar una choza donde reposar ni mas refrigerio que un agua sucia y fangosa, llegaron por fin á la cima de los Andes: 7,000 metros sobre el nivel del Océano. Allí cesaba completamente toda señal de vegetacion: solamente

algun oso de los muchos que pueblan aquellas peladas eminencias, les salia al encuentro como en testimonio del incesante trabajo productor de la naturaleza, que aun los sitios mas yermos anima con seres dotados de vida. Llegado el sol á su ocaso, frecuentes tormentas levantaban inmensos torbellinos de nieve sobre los picos mas elevados, envolviendo á los caminantes en sus blancos pliegues, al mismo tiempo que el relámpago rasgaba aquellas fantásticas tinieblas, surcando el rayo las desnudas cimas y rebramando el trueno por las concavidades de las montañas. En este punto los expedicionarios notaron los primeros síntomas de esa rara incomodidad llamada *sorroche* por los indios, que enerva las fuerzas del hombre mas intrépido paralizando su energía. Mas en la detencion estaba la muerte. Siguiéron, pues, marchando, y al cabo traspusieron la cadena de rocas estériles. Antes de mucho algunos árboles esparcidos acá y allá y la escasa yerba donde pacía un corto número de llamas y bicuñas, les anunciaron su aproximacion á los niveles inferiores, y de consiguiente á las tierras habitables. Con efecto, no tardaron en llegar á los inmensos bosques que cubren las llanuras donde el Perú y Brasil parten términos; asentada en las cuales descubrieron una ranchería ó grupo de bohíos lleno de bullicio y animacion. Allí estaba el distrito minero donde se dirigian y el término de su fatiga.

Consagrados los primeros dias de su arribo á la aldea al descanso y buena gestion del encargo puesto á su cuidado, recreábase Francisco en vagar por las vírgenes selvas que á la vista tenia, acompañado siempre de su fiel arcabúz, pues rara vez faltaba ocasion de perseguir tal cual ave ó cuadrúpedo de especie para él desconocida, á mas que los zambos de tierra adentro solian acercarse por aquellos sitios, y si hubiesen hallado un español en su camino de seguro no hubiese quedado para contar el lance.

En una de estas escursiones se internó por la espesura, aun mas de lo acostumbrado, dejándose conducir por el ansia de admirar aquella flora tan hermosa en su rareza. Ya se disponia á retornar sobre sus pasos á tiempo que á espaldas de una cercana floresta de aloes y magnolias le pareció escuchar lastimeros ayes femeniles como de quien se encuentra en grande cuita y desconuelo. Detuvo su caballo y aplicó el oído al paraje de donde parecian venir los gemidos y nuevos lamentos, espresados con mas angustia, cambiaron su recelo en certidumbre. Era indudable que alguna persona afligida demandaba socorro. ¿Qué hacer en semejante caso? ¿Seria quizá algun ardido de los indios para mejor haberle á la mano? ¿O tal vez una española apresada por los salvajes reclamaba su ayuda? Francisco era valiente, estaba bien armado y no titubeó en su resolucion. Requeridas las pistolas y aperebido el arcabúz dió de espuelas al caballo camino al sitio donde los dolientes ecos sonaban, y pronto se ofreció á su vista el espectáculo que menos podia imaginar.

Un indio anciano yacia tendido sin movimiento, é inclinada á su lado una mujer de pocos años trataba en vano de volverle á la vida.

A la presencia del recién llegado lejos de asustarse la jóven corrió á su encuentro, y arrodillándose ante su cabalgadura, exclamó estas palabras entrecortadas por la profunda pena:

—¡Socorro, señor! ¡Mi padre se muere y yo no alcanzo cómo auxiliarme!

Apeado Francisco inmediatamente, llegóse á reconocer al viejo, y bien luego los ojos de éste inyectados de sangre, sus dientes apretados y al descubierto por la contraccion del músculo labial y bañados de espuma blanquecina, unido á otras señales evidentes, le pusieron de manifiesto los mortales síntomas de una violenta congestión.

Sin detenerse en esplicaciones, rompió la arteria del viejo con su agudo cuchillo, restableciendo algun tanto la circulación el desahogo que proporcionó al enfermo la sangre que en abundancia brotó de la cisura. Un profundo suspiro fué la primer señal de tornar en su acuerdo. Algunos momentos despues abrió los ojos paseando su vaga mirada por los objetos inmediatos, hasta encontrarse con Molinar, en quien la fijó asombrado, y estendiendo su brazo como el que trata de apartar de sí una vision aborrecida, balbuceó trabajosamente con voz cavernosa:

—¡Un español aquí, cuando mi brazo se halla inerte! ¡Oh rabia, ni aun la fuga me es permitida para evitar su aborrecida presencia! Mas ya que el gran Viracocha (1) así lo dispone, ven, acércate y contempla impunemente el rostro de un hombre que ninguno de los tuyos ha mirado sino á costa de su vida; pues si bien no puedo evitar te jactes de haberme visto caido, quiero recuerdes al mismo tiempo con admiracion la indiferencia con que un descendiente de Manco Capac soporta las angustias de la muerte.

—No he venido, contestó Francisco, á satisfacer una horrible curiosidad, ni mucho menos á recrearme en tus padecimientos: los tristes quejidos de tu hija me han atraido donde sufría un semejante mio, y tengo á gran dicha haber llegado á tiempo de aliviarle. Tan pronto como mis socorros sean inútiles te verás libre de mi presencia.

—Padre, repuso la jóven india, sois injusto con el extranjero, porque ha sido humano y generoso para vos, y sin su auxilio pisaríais ahora la region de los espíritus.

—Tu dichosa inesperienza, replicó el anciano, te hace desconocer cuán refinada perversidad encierra el corazon de estos malditos guerreros del Oriente: la mordedura de la serpiente *hampillapa* (2) es menos nociva que un beneficio recibido de su mano.—¿No sabes, continuó dirigiéndose á Molinar, que una série de contratiempos desgraciados me han reducido á mí, que debia mandar en el vasto imperio de los Incas, á no tener oro ni plata con que recompensar tus servicios? ¿O tal vez calculas ávidamente las monedas que podrá valerte la vieja piel de este moribundo ó la florida juventud de esa inocente sacerdotisa del Sol? Mira, aquí en el lado izquierdo conservo una bolsa llena de rica pedrería, último resto de mi fortuna: no es un gran tesoro, pero bien puede contentar tu avaricia; apodérate de ella y véte: déjame morir en paz.

—Todo cuanto poseo daría yo, respondió con dulzura el jóven, por calmar los arrebatos de ira con que estás abreviando tu vida: conserva esa riqueza, pues las abundantes

minas del Brasil no igualan en valor á la recompensa que espero si acierto á corresponder con beneficios á los injustos agravios de un enemigo.

Al ver tanta mansedumbre quedóse pensativo el feroz peruano, y al cabo de algunos instantes, mas calmada su exasperacion, pronunció estas razones:

—Contaba yo bien poca edad, cuando allá, muy lejos, en el centro de nuestras *pampas*, se internó un hombre de majestuoso continente y blanca barba, predicando una religion de amor en nombre de un Dios pacífico y misericordioso. No hubo compasion para este misionero: era un *cara pálida* (1) y le condené á muerte. Sufrí el tormento del trépano con valor extraordinario y murió bendiciéndonos. Tus palabras son las mismas que él pronunciaba, y si tambien es igual vuestra creencia, doy gracias á los dioses por haberte conducido en mi ayuda.

Un parasismo embargó su voz en este punto, y nuevos síntomas, desconocidos para Francisco, se presentaron á agravar la situacion del enfermo; mas á pesar de la poca ciencia de Molinar, no se le ocultaba que la fiebre cerebral ya indicada vendria á poner término á los días del anciano.

Movido á piedad por el triste desamparo de la jóven, resolvió acabar su buena obra no separándose de padre é hija hasta la conclusion de aquel sensible drama. Conducido por sus dos auxiliares encontró abrigo el indio en una caverna y ancha caverna, contra los ardores del sol, que habia llegado á la mitad de su carrera, y algunas frutas ácidas, producto espontáneo de aquella vegetacion extraordinariamente rica, proporcionaron fresca y saludable bebida que calmó algun tanto el fuego que le consumia.

Una noche serena y espléndida, cual solo puede verse á la inmediacion de la línea equinoccial, descansaban á la entrada de la gruta el español y su compañera, sin abandonar el cuidado del anciano, algo mas aliviado al cabo de tres dias de lucha entre la vida y la muerte. La luna alumbraba de lleno el rostro de la jóven, y su dulce colorido, agradable combinacion del blanco-amarillo y rojo, parecia tomar al ser herido por los rayos del astro nocturno, algo de la brillante claridad del topacio. Abundantes lágrimas se desprendian de sus ojos, negros como el ébano, y de su pecho se exhalaban profundos gemidos que trataba en vano de contener.

Largo rato hacia que guardaban silencio ambos jóvenes, y no era seguramente por falta de medios para entenderse, pues una y otro hablaban el *quicchua* (2) con soltura, sino que la situacion llevaba en sí la suficiente estraneza para dar pábulo á la meditacion y apartamiento.

Mas bien con objeto de distraer el duelo de la sacerdotisa que de contentar su deseo, se dirigió á ella Francisco diciendo:

—¿Por qué te empeñas en aumentar tu pena reconcentrándola en tí misma? Mira que el pesar depositado en un corazon amigo pierde mucho de su intensidad. Da treguas al dolor y, si no lo has por enojo, refiéreme la causa de tus

(1) Nombre que daban los indigenas del Perú al primero de sus dioses.

(2) Serpiente de veinte y cinco á treinta pies de largo, especie de *boa* muy célebre en el Perú. Era objeto de veneracion para aquellos habitantes. Los Incas por magnificencia mantenian algunos de estos animales. El nombre de *hampillapa* pertenece á la lengua *quicchua*, que aunque corrompida, es la que se habla en Santiago de Chile, su significacion es *veneno todo*. (*Hampi*, veneno, y *llapa*, todo.)

(1) Así llamaban los indios á los españoles, y generalmente á todos los europeos, por desprecio y en razon al color de su rostro.

(2) Idioma de que se sirven las diversas razas que pueblan el territorio peruano en sus mútuas relaciones, sin perjuicio de conservar cada una el suyo propio.

desgracias, para que mejor informado, pueda ofrecerte algún consuelo.

—Estranjero, en quien he hallado sosten y apoyo cuando todos me perseguían, contestó aquella hija de la naturaleza, tu noble conducta para con nosotros te hace digno de nuestra confianza. Solo á tí, que no atribuirás á flaqueza el inmenso dolor que embarga mis sentidos, daré breve cuenta de tan grande infortunio. Escucha, pues. El nombre de mi padre es Yupangui; el mío Cora. Descendientes del Inca Huascar, cuya diadema tenía usurpada Atahualpa á la llegada de tus compatriotas, la soberanía del Perú volvió á mi familia despues del suplicio de este último. Pero ni aun la precaria situación á que habían quedado reducidos los peruanos á consecuencia de la conquista, pudo apaciguar las disensiones entre las dos ramas aspirantes al trono, y la guerra civil ardió con varias alternativas. Hace dos años que una sublevación de las tribus chilenas obligó á mi padre á acudir á sofocarla con cuanta gente le fué posible. La victoria coronó sus esfuerzos y los rebeldes se disponían á demandar gracia sin condiciones, cuando el virrey español aprovechando en beneficio de sus intereses nuestras rencillas interiores, invadió los países independientes é hizo cambiar la situación. Los vencedores tuvieron que dividirse para hacer frente á dos enemigos á un tiempo, y esta desunión les perdió. Estrechados por todas partes, batidos con inteligencia, inferiores en armas y organización, marcharon de derrota en derrota, siempre batallando con más aliento que esperanza, dejando tendidos sobre el sagrado polvo de la patria los cadáveres de sus más valientes defensores. Por último, llegó el caso de ser imposible toda resistencia. Mi padre, ayudado de algunos fieles partidarios, se defendía como una fiera acosada en su cubil; pero despues de haber visto perecer á mis dos hermanos, cuando ya no le quedaba un solo amigo que sostuviese la causa de la independencia, tuvo que pensar en ocultarse por no dar á sus enemigos el placer de verle morir en los tormentos. ¿Pero á donde encontrar refugio? Retroceder era entregarse á las hordas salvajes, avanzar en busca de los hombres barbudos equivalía á subir el mismo, descendiente de tantos emperadores, á un afrentoso suplicio. Hostigado, hambriento, sin dirección, abandonándose á frecuentes accesos de cólera, siguió el curso del Madera, cuyos altos yerbazales podían ocultar nuestra fuga, llevándome en su compañía como única y débil salvaguardia de su ancianidad, hasta venir á caer en donde nos encontraste. Ya sabes lo demás.

Aquí terminó Cora su lamentable relato, y aun sin esto le hubiera suspendido para escuchar la fatigosa respiración del viejo que por momentos se agravaba.

—¡Oh Sol, exclamó la joven humillándose con el rostro pegado á la tierra, hé ahí á tu hijo agobiado bajo el peso de los padecimientos y sin fuerzas para resistirlos; no permitas que llegue su fin antes de saludar el nuevo día.

—Alzate, Cora, repuso Molinar, y no pierdas el tiempo en vanas ceremonias; esos magníficos astros, objeto de tu admiración, no son otra cosa que brillantes luminarias esparcidas por el Supremo Hacedor en el firmamento como testimonios de su gloria y complemento del orden sublime que rige el universo. Yo te enseñaré en ocasión oportuna á dirigir tus plegarias al único Señor de lo creado, solo en cuya inmensa bondad, siempre favorable al infortunio, podrás encontrar la dicha y tranquilidad por que anhelas. En

tanto acudamos al socorro de tu padre que se halla en el último trance.

Acercáronse al desgraciado Yupangui, agitado ya por las primeras congojas de la agonía, y conociendo sería inútil afanarse en aliviarle, solamente á dulcificar tan terribles momentos se limitaron los cuidados de Francisco. Un tronco de madera resinosa fijado en una hendidura de la Peña iluminaba aquel cuadro tinéndole de luz opaca y rojiza. Nada interrumpía el silencio sino los ahogados sollozos de Cora y el estertor del moribundo, cada vez más penoso. Era en verdad una escena fantástica á la par que lúgubre y consoladora que agobiaba el espíritu llenándole de mil terrores desconocidos.

—Hija mía, tartamudeó el anciano atrayéndola hacia sí, siento el helado soplo del ángel de la muerte llegar hasta mi corazón paralizando el origen de la existencia y su curso al torrente de infortunios que han envenenado mis postreros años. Nada debo temer y consideraría como un bien el sueño eterno si no te dejase tan sola y sin ventura. ¿Pero quién acogerá tu desamparo? Nadie. Vendida cual una bestia de carga, azotada por el látigo de un amo desnaturalizado, la miseria, el envilecimiento serán tu patrimonio.

—Yo la serviré de compañero en el camino de la vida, si quiere unir su suerte á la mía, interrumpió Francisco con agitación creciente; también entre mis antepasados se cuentan héroes de fáciles hazañas, y soy nativo de tan noble tierra que nadie en ella recibe el título de señor (nunca de rey) sino á cambio de ser el primero en observar sus justas leyes. Llevando tu hija el dictado de esposa mía será llamada señora en todas partes, y huérfano también y sin parientes mi sola ocupación se cifrará en hacer agradable su vida.

—Estranjero, contestó Yupangui, las palabras que has pronunciado son dictadas por el genio protector de mi raza. Cora, añadió dirigiéndose á la joven, tus votos como sacerdotisa se han hecho incompatibles con las circunstancias; yo te dispense de ellos: hé aquí el dueño de tu suerte.

Dicho esto la impulsó en brazos de Francisco, que recibió con respeto aquella postrera donación de los últimos soberanos de la América del Sur, y la estrechó contra su noble pecho, en el cual ocultó la doncella su afligido rostro banado en amargas lágrimas.

Las últimas emociones apresuraron algún tanto el fin de Yupangui, aunque ya por su mal harto cercano, y postrado sin voz ni movimiento solo daba señales de vida con tal cual anhelante quejido ó estremecimiento nervioso.

—¡Cuánta sangre! se le oyó balbucear con trabajo ¡ven-ganza, sí!..... ¡El mártir de las pampas!..... ¿qué yo perdono? ¡El pecho te descubres y en él muestras la cruz!..... No; ya es tarde, aparta. ¡Oh Sol, recoge mi espíritu!

Al acabar la última frase el indio había vivido.

Separada Cora de aquel fúnebre sitio á ruegos de su prometido, á la mañana siguiente trasladó éste el cadáver á un lugar alto inmediato, donde según la antigua usanza de los Incas, levantó sobre él una especie de túmulo formado con piedras y tierra. Cumplido tan piadoso deber y acondicionada sobre el caballo la poco venturosa peruana, tomó el trote camino de la aldea, antes de llegar á la cual le salió al encuentro un grupo de colonos armados, que harto cuidadosos por su tardanza corrían el contorno en todas direcciones.

Por siglos contaba Molinar las prolijas horas que retra-

saban el establecimiento de Cora de una manera conveniente; así fué, que sin darse un punto de huelga sino el mas indispensable para el acertado despacho del encargo origen de su llegada, dispuso la marcha para Lima, á cuya ciudad arribaron sin lance que de contar sea, yendo á apearse directamente al convento de religiosas de la órden tercera de Santo Domingo, célebre ya entonces por haber ejercitado en él sus virtudes la esclarecida Santa Rosa á quien reverenciamos hoy en los altares. En aquella venerable casa quedó depositada la hija de Yupangui, hasta que completamente instruida en las verdades sacrosantas de nuestra augusta religion, salió de ella regenerada en las fuentes bautismales donde recibió el nombre de María y á poco el título de esposa de Francisco Molinar.

Y ahora dejando á los dos nuevos esposos entregados á las dulzuras del primer año de la luna de miel, cuya averiguacion no es de nuestra incumbencia, pues si algunos se han creído autorizados para hacerla, á fé no hemos de dar cuenta por ellos, con permiso del lector, puesto que los acontecimientos no apremian, hago punto y párrafo para decir algunas palabras acerca de doña Laura á quien dejamos en el cuadro anterior reducida á prision por ojeriza de la gobernadora.

Después de una causa larga é intrincada, no resultando culpable la Bella Indiana, por mas que se procuró comprometerla á toda costa, fué condenada á confiscacion de bienes y destierro á larga distancia de la corte, como sospechosa de haber usado hechizos para atraer á S. M. En el pueblo de Santecilla, entre aquellas buenas gentes de quien habia sido la Providencia, que á porfía le prodigaban sus respetos y atenciones, encontró el premio de su buen proceder. Pero tan injustas persecuciones toleradas con ejemplar mansedumbre llegaron á su término. El aborrecido padre Nitard, confesor de la reina y omnipotente en el gobierno, cayó á impulso de la indignacion pública, y la elevacion de don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, hizo rehabilitarse á cuantos habian sido perseguidos durante la anterior influencia. Los falsos amigos que antes huian de doña Laura como de persona contagiada se apresuraron á ofrecerle sus servicios, y reputacion y bienes la fueron devueltos en corto plazo.

Informado Molinar de esta favorable mudanza á poco de haber acaecido, no tuvo inconveniente cuando lo creyó oportuno, en disponerse á regresar á España, así que advirtió el disgusto con que su esposa sobrellevaba la residencia en el Perú, donde nunca podia considerarse sino como una reina destronada. Francas para él las puertas de la patria, en ella vivió largos años este buen matrimonio; dichoso, si hemos de atenernos al parecer de Napoleon I, segun el cual, los padres de familia mas felices son aquellos que no tienen hijos; desgraciado, segun la espresiva y católica frase que los llama *frutos de bendicion*. Cora bajó al sepulcro la primera y Francisco la siguió á poco tiempo con el sentimiento de no dejar inmediatos sucesores de su apellido y caudal.

Aquí parece naturalmente debiera dar punto y cortar el hilo con que voy hilvanando la presente relacion; pero, amado lector, si no cierras el libro antes de leer el siguiente cuadro póstumo, hallarás que aun faltaba el verdadero remate y coronamiento de todo lo referido en los anteriores.

IV

A clarear empezaba, á tiempo que por la calle de Segovia, en direccion á la puerta del mismo nombre, bajaba diligente un grupo de cinco ó seis embozados, sin cuidarse al parecer de otra cosa que de resguardar sus rostros del sutil vienteillo, producto legítimo del cercano Guadarrama, reinante por aquellas horas; céfiro jugueteon, segun diria un poeta madrigalesco, propicio siempre al despuntar la aurora á sacudir sus alas cargadas de frígido rocío sobre la Mantua Carpentana. Silenciosos marchaban sin hallar embarazo en su camino, cuando la mala ventura hizo que, al cruzar por delante de una de las enriscadas callejuelas que á la via principal sirven de brazos y ramales de comunicacion, topasen con la ronda de un señor alcalde de Casa y Corte, encargado aquella noche de sorprender cierto conciliábulo austriaco; verificado lo cual, aunque de una manera incompleta, volvía poco satisfecho á dar cuenta de su cometido. Tantos hombres bien portados á la madrugada en sitio no de mucho tránsito, unido á lo revuelto de los tiempos, pues acababa apenas de terminar la sangrienta guerra de sucesion, pusieron ojo avizor al togado, que se propuso antes de permitir el paso á los transeuntes averiguar minuciosamente quiénes eran y adonde iban tan aldas en cinta y como de negocio grave.

A la voz de ¡alto al rey! pararon todos, y puesto en faz el uno y otro bando intimó su señoría á los detenidos la órden de dar razon de sus personas.

—Señor, contestó el mas adelantado de ellos, somos testamentarios de un caballero fallecido hoy hace tres dias, y á dar cumplimiento á una de las principales cláusulas de su última voluntad nos dirigimos en este momento.

—Tentado estoy, don sándio burlador, interrumpió el juez todo amostazado, por dar con vuestro cuerpo en la cárcel, donde mas desocupado podais acreditaros de gracioso y oportuno; pero á fé mia, que no ha de ser otro el paradero que os destino si no vais con tiento en esto de faltar al respeto debido á la justicia.

—No me burlo, señor, que he dicho la verdad, añadió turbado el así reconvenido, y si á vuestra señoría no satisfacen mis razones, aquí viene su merced el escribano de la testamentaria que abonará mi contestacion.

—Así es, repuso el aludido, á bien que para mayor comprobante puede el señor juez leer por sí, ó escuchar la lectura de la estraña cláusula que justifica nuestra presencia en este sitio, pues obra en mi poder copia del instrumento público donde está inserta.

—Que me place oirla, pues debe ser peregrina en extremo; lea, lea, secretario, y enterados de su contenido ninguna otra averiguacion tendremos que hacer.

Armaron la enorme linterna, mueble característico y distintivo de las autoridades civiles hasta nuestros dias, y á su luz, ayudada por la del crepúsculo matutino, después de sacar un rollo de papeles leyó el notario lo siguiente:

«Intimamente persuadido de la suma bondad con que la Divina Providencia dispone todos los acontecimientos humanos de la manera mas conveniente, sin haber uno en que ella no intervenga, y queriendo dar público testimonio de esta fé y creencia, en que me han afirmado los maravillosos

acontecimientos de mi vida, lego y cedo en legítima posesión y disfrute en la mejor forma que haya lugar en derecho, la casa de mi propiedad en que habito, sita calle de Segovia, con accesorias á la del Alamillo y vuelta á la Cuesta de los Canos Viejos, á la primer persona, de cualquier clase y condicion que sea, que el día tercero de mi fallecimiento penetrare por la próxima puerta de Segovia; pasando desde luego á adjudicarla la espresada finca y ponerla en posesión de ella, pues no podrá encontrarse otra mas digna que la elegida por la Sabiduría infinita.»

—;Raro caso! exclamó el alcalde, por Dios que me holgá-ra poderos acompañar en el desempeño de vuestro encargo. Y decidme, por vida mia ¿quién es el otorgante de tan original legado?

—Un tal don Francisco Molinar, que hizo fortuna en el Perú y volvió de allá casado con una india brava, que era la admiración de la corte por su belleza de un género especial, contestó el escribano. Hoy es el día marcado para evaluar la diligencia antedicha, y á ello nos encaminá-bamos cuando su señoría ha tenido á bien honrarnos con sus preguntas.

—Con bien vayais, señores, y acudid luego; pues no me perdonaría nunca haber puesto estorbo á una comisión tan de conciencia. En vos confío, secretario, hareis llegar á mi noticia el resultado.

Tributado este homenaje á la magistratura, cuya intervención era entonces indispensable para cualquier asunto, y cercanos ya de la puerta, poco tardaron en llegar á ella los albaceas, y aun tuvieron necesidad de esperar algun rato antes de que abriesen. Nadie aguardaba á la parte de afuera, solamente una mozoza, digna rival de Dulcinea, y por tanto.

..... de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso.

arreglaba su tenducho disponiéndole para la venta de buñuelos, turrón y aloja (1): muy distante, á la mitad del puente, se veía caminar un jinete, al parecer con dirección al pueblo, y hacia la derecha, pero mucho mas lejos, en lontananza, asomaban dos personas á pie que solo confusamente parecían ser un hombre y un muchacho.

No tardó en irse aclarando la situación respectiva de cada uno de estos individuos, bien ajenos de pensar el albur importantísimo que en aquella sazón jugaban.

La moza, colocada en su cantina, no daba muestras de penetrar dentro de Madrid; solo por el lado de la campaña debía esperar consumidores en aquellas horas. El jinete pronto llegó á la cabecera del puente: la distancia se iba acortando, y los testamentarios puestos en acecho comenzaban á fijar su atención sobre él. Venia montado en un ma-

(1) Bebida sana y agradable, compuesta de agua, miel y especias, fermentado todo con un poco de levadura. Fué de uso tan general en España, especialmente en tiempo de los árabes, que en todos los campamentos de moros y cristianos se divisaba la bandera blanca de la alquería luciendo en el centro la cruz roja ó media luna, según la respetiva creencia de los combatientes. Aun se veían en Madrid varios despachos de aloja hace algunos años adornados con la misteriosa bandera y cruz roja á la puerta, en que se servía este refresco en grandes garrafrones de vidrio con dos asas, y nunca de otra manera, no sé por qué. En el día ninguno existe, y esta memoria de la sobriedad de nuestros abuelos se va perdiendo de tal manera, que no he creído inútil consagrarle el presente recuerdo.

chuelo, listo, aunque de mal aspecto, que el caballero aguijaba sin cesar con dos piernas flacas y colgantes á entrambos lados, sin apoyo de estribos ni zarandajas: su rostro ce-trino y amojamado, sus barbas de á pulgada, y todo su aire de truhan picaresco, mas trazas le daban de gitano ó ladrón cuatrero que de hombre honrado. Ya llegó á emparejar con el puesto de comestibles; un paso mas y la fortuna es suya. Los comisionados, aunque con repugnancia, visto el mal aire de semejante pelgar, en cumplimiento del sagrado deber que han aceptado se preparan á notificarle su inesperada suerte, cuando ¡oh amor tirano, tú perdiste á Troya! lanza una mirada al paso hacia la tienda nómada; los buñuelos y aloja debemos creer no hubieran bastado á detenerle, pero la tendera es cosa muy diferente; dirígela al paso un requiebro de plazuela, verde como el perejil y trasparente como una criba; ella le contesta con una sonrisa de gimio, capaz de hacer perder su gravedad á un claustro de doctores, y no fué menester mas; se apea del macho, ladéase el sombrero, suena la calderilla que en su faja atesoraba, y tomando el ademán menos comedido que le fué posible, échase á pechos un cangilón de la refrescante bebida, preparándose de este modo á entablar plática con aquella encantadora Armida de Alcorcón, polo negativo de su dicha.

En esto los dos personajes que á lo lejos se columbraron habíanse ido acercando paso á paso, conociéndose ya claramente ser un pastor anciano de rostro pacífico y venerable, acompañado de un mozo de la misma condición, cargado con un cántaro de leche al hombro. Muy próximos se hallaban á la puerta y su marcha en nada se detenía, únicamente al llegar frente al tenducho mencionado, el viejo dió una blanca (1) al chico para que comprase algunos buñuelos mientras él entraba en la villa, siguiendo siempre el mismo andar acompasado y tranquilo que habia traído todo el camino. Ya no habia problema ni género alguno de duda; el preciado lote dejado por el esposo de Cora en manos de la Providencia acababa de encontrar poseedor.

Apenas hubo pasado el anciano bajo el arco de entrada, fueron los testamentarios á su encuentro precedidos del escribano, y despues de saludarle cortesmente

—Amigo, dijo el notario, buen día habeis echado hoy.

—Señor, contestó el pastor con la llaneza propia de un corazón sencillo, yo siempre los he tenido buenos.

—¿Qué decis! ¡tan considerable es vuestra hacienda!

—¿Qué ha de ser! no señor; en mi vida he pasado del pan nuestro de cada día, andando siempre de Geca en Meca. Soy mayoral de un hato de ovejas de los padres del colegio de Santo Tomás, y tengo mujer y cuatro hijos, con ese que ahí viene, que es el mayor de ellos y mochil de la majada; con que juzguen vuestras mercedes lo sobrado de mi ajuar, sino que como yo siempre he querido lo que Dios quiere, el Señor me recompensa dándome cuanto deseo.

Cambiadas estas razones preliminares enteraron minuciosamente al viejo del motivo de haberle detenido é inesperada mudanza de su fortuna, invitándole por último á trasladarse con ellos á la finca de su propiedad, donde con arreglo á derecho tomaría posesión de ella.

—Pero, nobles caballeros, exclamaba aturrido; ¿cómo tengo yo de admitir esa manda? el difunto habrá dejado

(1) Pequeña moneda de cobre que valia cerca de medio maravedí.

parientes pobres, y no puedo arrebatárselos su herencia aprovechándome del delirio de un moribundo. Eso sería un cargo de conciencia.

—Tranquilizaos, buen hombre, replicó el escribano; el otorgante era sugeto muy rico, y ha dejado á sus lejanos deudos lo suficiente para no ser llorado por ellos, además de muchas mandas piadosas y fundaciones de obras pías; así que bien podeis cumplir su voluntad sin escrúpulo ninguno.

—¿Y cómo dicen vuestras mercedes que se llamaba ese señor? (que en paz descanse) quiero saber el nombre de quien tanto bien me ha hecho, para rogar por su alma toda mi vida, y enseñárselo á hacer tambien á mis hijos.

—Don Francisco Molinar, indiano bastante conocido en la corte, respondió uno de los presentes.

—A fé mía, continuó el pastor, que ese mismo era el nombre de un mancebo á quien hace muchos años recogí una noche en la majada, contra el parecer del mayoral, pues el desdichado andaba perseguido, y por la mañana le llevé al convento de dominicos de donde marchó á las Indias.

—Pues ese mismo es el que en muerte os paga tan noble accion, ya que no pudo hacerlo en vida, á pesar de sus muchas diligencias por encontrarlos buscándoos por todos los alrededores de Madrid. Era muy amigo mio, y repetidas veces le oí contar ese lance.

—¡Bendito sea Dios, exclamó el anciano con acento fervoroso, y no me tome cuenta de lo mucho que le debo, ya que tanto me recompensa una buena obra tan pequeña!

La casa en cuestion aun existe en escelente estado en la calle de Segovia, señalada con el número 19, y se la conoce con el nombre de *Casa del Pastor*, en memoria de este original suceso.

DIONISIO CHAULÍ.

LEYENDA DE SAN SERGO.

El tipo popular de Rusia se reasume admirablemente, en el lenador Cosme, Minine; el tipo religioso del imperio existe todo en San Sergio.

San Nicolás, que dió nombre á uno de los mayores soberanos de Rusia; San Martin, el Confesor, á quien Moscou le vantó una hermosa iglesia, cuya cúpula remata en una punta de oro; San Simon, que fué elegido patrono del célebre monasterio de Simonofskoi; San Alejandro Nevski; San Jorge y todos los divinos protectores de Rusia le ceden en la apasionada adoracion de los fieles greco-rusos á San Sergio el Taumaturgo.

Es curiosa la fisonomía de este santo, la cual dice mas acerca del carácter é historia del pueblo ruso, que un molesto fárrago de hechos y fechas.

La poesia religiosa se mezcla continuamente en Rusia con un ardiente patriotismo, y una de las primeras advertencias que deben hacerse, es, que el espíritu religioso está allí siempre reforzado con el espíritu patriótico. Amar á su país, venerar á su czar, adorar á su Dios y rogar á sus santos, son en Rusia formas casi idénticas de un mismo sentimiento.

El clero ruso, hablo del clero superior, se ha manifesta-

do siempre digno de representar y de dirigir esa fé eminentemente nacional, y los pontífices del imperio han tenido sobre el trono episcopal, mucha mayor independencia patriótica de la que suponen los que no conocen la iglesia rusa, sino su abatimiento político bajo Pedro el Grande.

En tiempos de este czar el patriarcado llegaba á tal grado de esplendor y de poder, que en ciertos períodos eclipsaba la misma dignidad imperial. El gran Filareto, consagrado patriarca en 1613, fué co-regente del imperio con el czar Miguel, y los ukases llevaron entonces esta fórmula significativa:

«Miguel Fædorovitch, soberano, czar y gran principe de todas las Rusias, y su padre Filareto, *gran señor* (*Feliki gosoudar*) y santísimo patriarca de Moscou y de todas las Rusias, *mandan*, etc., etc.»

El patriarca solia tambien dar ukases en su nombre, separadamente de sus atribuciones religiosas, en las que era dueño absoluto. Recibia los embajadores, tenia su corte y compartia el rango supremo.

Pedro el Grande no podia sufrir tal participacion, é indudablemente tuvo motivo para concentrar en sus solas manos el poder imperial; mas al menos, puede decirse que el patriarcado no habia sido omnipotente sino para felicidad de la Rusia. Filareto protegió la propagacion de la imprenta, mandó hacer un censo del imperio, reformó y depuró la fé y prácticas religiosas. Constantemente dió pruebas de ardentísimo amor á la patria, y mostró ante Sigismundo III una independencia que no procedia sino de su pasion por el bien.

Uno de los pastores de la iglesia rusa, San Felipe, metropolitano de Moscou, daba á Juan IV Vassilievitch esta orgullosa respuesta: «Te respetamos como soberano, como imagen de la Divinidad, pero como hombre, eres polvo.»

Otro carácter del clero superior es la sencillez y austeridad de vida en medio de inauditas magnificencias; pues, por lo comun, un pastor de la iglesia rusa es archimandrita de algun convento, cuyas riquezas, donativos de los fieles, esceden á todo cuanto podamos imaginar ó describir. En el tesoro (*ritsniza*) del monasterio de San Jorge, á dos leguas de Novgorod, se conservan alhajas de un precio fabuloso, casullas de brocado de oro sembradas de piedras preciosas, mitras tejidas con perlas finas y rubíes, millares de ornamentos de plata sobredorada, cruces pastorales, patenas, crucifijos, ónice, etc. Las vestiduras sagradas del archimandrita son de un esplendor indescriptible, y sin embargo, el mismo cumple escrupulosamente con su voto de abstinencia y de pobreza.

Estos conventos tan ricos, son los de primera clase, ó *laures*: el de Alejandro Nevski, el de los Subterráneos en Kief, y el de la Trinidad (Troitz), junto á Moscou.

Este último convento está bajo la invocacion del mayor santo ruso, de este Sergio, que consideramos como tipo de la fé popular.

Por una espaciosa calzada, muy bien mantenida, se va de Moscou al convento de Troitz. Por el estío, que es la estacion en que lo visité, no se necesita preguntar por el camino, porque éste se halla muy indicado por millares de gentes de á pié, hombres, mujeres y niños, la mayor parte descalzos, y con un saco á la espalda. Son peregrinos que acuden allí de los mas remotos ámbitos del imperio. Elegantes carruajes atraviesan con rapidez el camino, y muestran

que la fé no se halla en Rusia reconcentrada únicamente en el pueblo.

La llanura que separa á Moscou de Troitza, es algo ondulada, llena de quintas, y cubierta con árboles dispuestos en grupos. Evidentemente es un país próspero y rico.

A cada instante encontré por el camino capillitas y pequeñas cruces, ante las cuales se paraban devotamente todos aquellos peregrinos con presencia de patriarcas. Nadie pasará, ni aun á galope, por delante de aquellos piadosos monumentos, sin hacerse la señal de la cruz.

Como á veinte verstas de Troitza, me hicieron detener para visitar una especie de gruta, que consiste en galerías subterráneas, abiertas en otro tiempo por un anciano monje del convento, con el fin de maceracion y de penitencia.

A una versta, próximamente, comencé á ver descubrirse en el cielo las plateadas cúpulas de Troitza. El convento de San Sergio contiene nueve iglesias, una capilla, cuatro grandes cuerpos de edificio, y un palacio donde se halla establecida una academia de teología.



Convento de San Sergio en Troitza.

A decir verdad, esta academia es la mayor gloria moderna de Troitza.

Tales academias y seminarios tienden visiblemente á remediar el singular mal, que desde hace mucho tiempo está indicado por los rusos mismos en el estado moral de su clero. Sabido es que este clero presenta la situacion inversa á la del clero francés antes de la revolucion de 1789. La corrupcion estaba entonces en Francia en la cabeza; el cuerpo, esto es, el clero bajo, era instruido y respetable. En Rusia los

altos dignatarios de la iglesia, son generalmente irrepreensibles en sus costumbres, y su ilustracion iguala á su moralidad, mientras que el clero bajo, los popes, están con mucha frecuencia degradados y embrutecidos.

Semejante situacion propende á desaparecer bajo el influjo de estudios mas severos, de una disciplina mejor arreglada y de notables mejoras en las condiciones materiales. Comienzan á borrarse los habitos de embriaguez que en otro tiempo eran casi generales. En el viaje de Oleavius leemos:

«Hallándome en Novgorod en la época de nuestra segunda embajada, ví á un sacerdote que salía de la taberna; el cual, acercándose á nuestro domicilio, quiso echar la bendición á los estrelitz que estaban de guardia en la puerta. Pero al alzar la mano y hacer la inclinacion, la cabeza, que se hallaba cargada con los vapores del vino, se encontró tan pesada, que se llevó tras sí el resto del cuerpo é hizo caer en el fango al pobre sacerdote. Nuestros estrelitz lo levantaron con respeto, y no dejaron de recibir aquella bendición enlodada, como cosa muy comun entre ellos.»

Felizmente tales casos son escepciones en el día. Lo buenos ejemplos, y tambien los buenos seminarios como el de Troitza, no habrán sido estraños á semejantes mejoras, cuyo resultado será realizar el influjo moral del clero.

La academia de Troitza fué fundada en 1673, en tiempos del czar Teodoro. Tiene cinco profesores y como ciento cincuenta discípulos.

Pero acerquémonos al célebre convento dedicado á San Sergo. Los muros exteriores anuncian su destino en la edad media; son muros de fortaleza. El laure ó convento, era en



Iglesia de Vassili Blagennoi en Moscou.

los tiempos antiguos un centro de resistencia y además un centro de comercio y de vida. Aun en el día le queda algo, porque alrededor de aquellos muros ví millares de puestos. Allí hay una feria, donde se venden no solamente rosarios é imágenes de santos de barro ó de porcelana, sino tambien cuartos de cerdo y de carnero, aguardiente, licores y tabaco.

Mas no vaya á creerse que la feria de San Sergo no atrae sino curiosos. Casi todos los que visitan el convento de

Troitza son devotos apasionados. La leyenda de San Sergo dirá si el santo merece esas adoraciones populares.

San Sergo, al decir de sus piadosos y sencillos cronologistas, hizo milagros aun antes de nacer. En un curiosísimo discurso acerca de la vida de este gran santo de Rusia, pronunciado en Moscou en 1822 por el metropolitano Filareto, hallo esta poética leyenda:

Hallábase embarazada la madre del futuro santo, y un

SEGUNDA SERIE.—1864.

AÑO XXII. 30